

ción á seguir una política propia á la que no se podía adherir Prusia por desconocerla, tanto más cuanto que se dejaría aislada á Austria, lo que no podía aconsejarse. El rey de Prusia, que siempre había dicho que su concurso implicaba la previa unanimidad de los aliados, aprobó la política del conde Bernstoff.

Seguro Metternich de haber separado á Prusia de Rusia y de Inglaterra, contando ya con un aliado de su política, respondió á las comunicaciones de Londres y San Petersburg con viveza y altanería, condenando toda política de acción y declarando «que caso de que las potencias acabasen por no entenderse sobre lo que convenía hacer, Austria estaba decidida á intervenir, *siguiendo una línea independiente*. A Rusia en particular le recordaba Metternich que lo que había hecho y lo que se mostraba dispuesta á hacer, era la condenación expresa de toda su política.

A Constantinopla se dirigió Metternich por medio del internuncio barón Ottenfelds, encargándole que sin autorizar ni desautorizar el protocolo, que consideraría como un hecho existente, aconsejase vivamente á la Puerta la urgente necesidad de procurar la pacificación de acuerdo con las potencias. Partiendo la iniciativa de la Puerta, creía el gran canciller que Grecia no escaparía á la soberanía de Turquía.

Encontró para esta campaña Metternich un buen apoyo en el emperador de Austria, quien ora con Tatistchev,—8 de Enero de 1827,—ora con el conde Hatzfeld, procuraba sembrar la desconfianza contra Inglaterra, presentándola como el estado anárquico de Europa, acabándole por preguntar hasta qué punto podía contar con Prusia y Rusia para dominar los movimientos revolucionarios que anunciaba la política demagógica de Canning.

Mientras de esta manera procuraba separar á Inglaterra de Rusia, el canciller austriaco trabajaba la Francia, dándole á entender que lo que quería Inglaterra era indisponerla con Egipto, en donde tan grandes y tan legítimas influencias tenía, obligando á Vilelle á que empezara por reclamar un tratado que «garantizase á Turquía sus actuales posesiones.»

Nicolás no tuvo que esforzarse al asegurar á Metternich que podía contar con Rusia para contener los manejos revolucionarios, y en prueba, envió un sermón á Canning para inducirle á que abandonase su política demagógica en Portugal. Pero con este sermón salió un despacho de Nesselrode á Lieven, declarándole que Rusia entendía no hacer caso

alguno de las observaciones de Austria respecto de la cuestión de Grecia.

Pero Vilelle se dejó convencer por el canciller austriaco y propuso á los embajadores de Inglaterra y Rusia que se procurase dar satisfacción «á cierta corte,» que pedía se garantizase á la Puerta la integridad de sus posesiones. Lord Granville le declaró que esto no era posible, como imposible era garantizar la duración del imperio turco. Pozzo di Borgo apoyó, naturalmente, el modo de ver de Inglaterra. Enterado de este incidente Nesselrode, y para el caso que se renovara en Londres, escribía á Lieven para que tuviera presente que Rusia no podía consentir en nada que pareciera una intervención entre la Puerta y Rusia, pues el mismo interés que tenía Inglaterra en mantener su influencia en Portugal, lo tenía Rusia para mantener la suya en Turquía. Sin embargo, Nesselrode se apresuró á aceptar de la proposición de Vilelle la parte relativa á convertir en tratado el protocolo, y al efecto, en dicha comunicación le decía á Lieven que procurara entenderse sobre este particular con Canning, para lo cual le enviaba un bosquejo de tratado.

Esta conformidad en este punto concreto de la proposición de Vilelle, comunicóla Nesselrode á Metternich sobre la marcha,—26 de Enero,—lo que asombró á todas las cortes acostumbradas á ver con que lentitud procedía en sus resoluciones Rusia, y de pasada declaraba que Rusia vería con satisfacción que la Puerta hiciera concesiones á Grecia que produjeran la paz, pero que habiendo aceptado Grecia los artículos del protocolo, estos eran ya una base firme para toda inteligencia, pero decía Nesselrode: Rusia concede que el protocolo se convierta en tratado, como pide Francia, pero á condición de que no se continúe sin hacer nada y se pase inmediatamente á la acción, cuyo primer acto había de ser según el modo de ver de Rusia,—pero esto sólo se lo dijo á Lieven,—que Ibrahim-Pachá no recibiera nuevos refuerzos en Morea.

En Constantinopla Stratford Canning había procurado tomar la situación principal que su primo le recomendaba que tomara para apejar la influencia rusa, pues gracias á la pereza en recordar á Ribeaupierre que se presentase en Constantinopla, á donde no compareció hasta el 11 de Febrero de 1827, Stratford podía fácilmente convencer á Minciaky, que estaba obligado á obrar conforme á las circunstancias, y al efecto, instó ya cuando las conferencias de Akerman á Minciaky para que apoyara sus reclamaciones á lo que no accedió el ministro ruso diciéndole que en aquellos momentos no podía hacer

Rusia nada que distrajera á la Puerta de la pacificación de los Principados. Así cuando á la llegada de Ribeaupierre que venía con instrucciones para instar á Stratford á obrar, se abocaron los dos ministros, Stratford partió desbocado contra el ministro de Estado Saída, que llevaba toda la negociación con mucho tacto para no comprometer á Turquía, acabando por comunicar oficialmente el protocolo del cual hasta entonces no se había dado á la Puerta más que comunicación confidencial,—9 de Marzo.

Esta comunicación produjo una crisis ministerial, pues se destituyó á Saída y se puso en su puesto de reis-effendi á Mehmed-Pertef-Effendi, que hasta entonces había sido su subsecretario, hechura de Sadiq-Effendi y partidario riguroso del viejo partido turco, lo cual indicaba la política de resistencia cerrada que iba á emprender la Puerta contra toda ingerencia de las potencias europeas en sus asuntos.

Tirantes las relaciones todo se preparaba para llegar al momento crítico del conflicto, y éste se presentó al formular los embajadores la petición de hostilidades,—3 de Abril.—A esta petición contestó la Puerta que aquello era un insulto que no consentía y que devolvía, y que en cuanto al protocolo por el cual las potencias se habían creído autorizadas á disponer de los derechos de Turquía, la Turquía lo consideraba como una hoja de papel en blanco. En vano los embajadores pedían á la Puerta una respuesta á su comunicación que el reis-effendi se negaba á darla, y fué necesaria la intervención del internuncio para que la Puerta se decidiera al fin á hacer una declaración,—9 de Junio,—á las cinco potencias,—Rusia, Austria, Prusia, Inglaterra y Francia.—En esta respuesta el gobierno turco hacía constar primero, que al estallar la revolución griega había habido potencias que le habían ofrecido su concurso para apaciguarla; segundo, que después de la reunión de Verona, lord Strangford le había declarado en nombre de las potencias que la Puerta estaba en su derecho á poner fin á la revolución griega como mejor lo entendiera; y tercera, que en Akerman Rusia había declarado oficialmente que no habría inmixtión alguna de las potencias. Turquía, pues, mantenía su derecho á terminar por su cuenta la rebelión de sus súbditos.

Interin tan graves acontecimientos tenían lugar en Constantinopla, entre las cinco grandes potencias reinaba la mayor confusión, gracias á la habilidad de Metternich, quien supo explotar el disgusto ó los celos de Stratford contra Ribeaupierre, á quien su amabilidad y su esplendor habían hecho en la capital de Turquía el hombre preferido de todos los

europeos. Pero el pretexto era sobrado baladí para poder construir sobre él su política obstruccionista y sus proposiciones para que se resolviera en Londres dejando paralizada la acción de los embajadores se estrellaron ante el acuerdo de Francia, Inglaterra y Rusia que habían formalizado su tratado de intervención. Nuevas conferencias para discutir lo que ya tenía adquirida una mayoría, era en verdad ocioso, y con esto Metternich sólo consiguió emplear la actividad de los diplomáticos europeos. Metternich, cuando vió que la escuadra rusa se dirigía al Mediterráneo, comprendió que era llegado el caso crítico y entonces se presentó como queriendo cumplir su amenaza de intervenir independientemente, pero con esta actitud Metternich sólo consiguió una cosa y fué no presentarse delante del mundo como la aliada de la Puerta, porque consiguió separar á Prusia de las tres potencias convenidas.

Lo que convinieron Francia, Inglaterra y Rusia por el Tratado de 6 de Julio, era que las tres potencias ofrecerían su mediación á la Puerta, á fin de conseguir una inteligencia entre Grecia y Turquía, exigiendo como primer paso para la misma una suspensión de hostilidades. Preveníase por el Tratado á los embajadores de las tres potencias que presentasen una nota colectiva á la Puerta sobre sus resoluciones, dándole de plazo para contestar un mes, y caso de que no recibieran contestación ó que la dada no fuera la de la explícita y terminante conformidad de la Puerta, se enviara otra inmediatamente, anunciándole que las potencias iban á tomar por sí mismas las medidas oportunas para conseguir el resultado que se proponían, poniéndolo inmediatamente en conocimiento de los almirantes para que tomaran sus disposiciones para su cumplimiento.

A los almirantes se les previno que llegado el caso de obrar, habían de disponerse á interrumpir todas las comunicaciones por mar entre Grecia y Turquía, no debiendo ejercer acto de hostilidad alguna contra Turquía, salvo en el caso de que Turquía quisiera cortar la comunicación á viva fuerza. Un conflicto por mar era, pues, de temer, desde el momento en que los almirantes recibían orden de entrar en relaciones amistosas con los griegos.

Cuando los embajadores recibieron las ordenes dichas, se apresuraron á enviar su nota colectiva,—16 de Agosto,—rogando, por forma, á los embajadores de Prusia y Austria que la apoyaran. Prusia ofreció su concurso, Austria se negó, y esta negativa comunicada oficialmente al reis-effendi influyó no

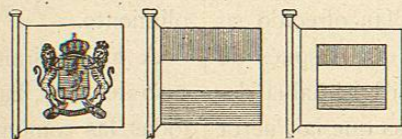
poco en la resolución que Turquía tomó creyéndose apoyada de verdad. Precisamente era este el momento en que acababa de caer Atenas, y cuando solo faltaba dar á Hydra el golpe mortal á la insurrección, en que entre Rusia y Prusia acababa de estallar una nueva guerra desfavorable hasta entonces á Rusia, y cuando el sultán gozaba de verdadera popularidad en Turquía á causa de sus reformas y de sus ideas de progreso.

Al presentarse, pues, los drogmanes de las potencias con su nota conminativa,—16 de Agosto,—ni siquiera quiso recibirla el reis-effendi, de modo, que aquellos la dejaron sin abrirla encima de un sofá y se retiraron. Esta actitud indignó á los embajadores, quienes dejándose arrastrar por la ofensa recibida, del plazo de treinta días que tenían que conceder al ministro turco, suprimieron la mitad, exigiéndole el 30 de Agosto una respuesta definitiva. La Puerta les hizo contestar de palabra que la respuesta que merecían ya la había dado el 9 de Junio, y que era eterna é inmutable. En su consecuencia el 31 de Agosto, los embajadores remitieron su segunda nota anunciando que impondrían una tregua á los beligerantes por la fuerza de las armas. No se quería tampoco recibirla, pero el reis-effendi se hizo dar lectura de la misma en turco por el drogman de Guilleminot el embajador de Francia.

No comprendió bien el ministro turco por lo que

decía la nota, si ésta significaba una declaración de guerra, pues no comprendía su inteligencia lo de la intervención por las armas y las protestas de amistad, que le parecía «poner el algodón al lado del fuego.» En vista de esto, las tres potencias enviaron de nuevo sus drogmanes al reis-effendi para enterarle de lo que suponía la nota anterior que igualmente tuvieron que dejar sobre un sofá. En fin, enterado el 9 de Setiembre de lo que se trataba, declaró á los drogmanes el reis-effendi, que los principios eternos de la Puerta le impedían aceptar una mediación. Los almirantes recibieron entonces sus órdenes en Smyrna en donde habían anclado Codrington, Rigny y Heyden con sus escuadras.

Interin los asuntos marcharon á esta conclusión ¿qué hacía Metternich? Metternich que había amenazado con intervenir independientemente, como no creía que esto le fuera posible volvió á su sistema de comadres, procurando indisponer las potencias europeas entre sí. Solo cuando Canning murió, —8 de Agosto,—fué cuando creyó que desembarazado de su gran enemigo le quedaba aún tiempo para ocuparse en la contienda, haciendo que el reis-effendi reclamara la intervención de Austria entre Turquía y los aliados. El gran visir se dejó convenir y el borrador del despacho se extendió ¡el 20 de Octubre!—En este mismo día en el teatro de la guerra se había ya resuelto la cuestión griega.



Banderas de Holanda



CAPITULO XXVI

LA TRIPLE ALIANZA EN GRECIA

Estado de las cosas en Grecia.—Ibrahim en Morea.—La escuadra egipcia.—Nuevos movimientos entre los griegos.—Batalla de Navarino.—Efecto producido en Europa por esta batalla.—Juicios sobre ella.—Efecto de la batalla de Navarino en Grecia.—Efecto de la batalla de Navarino en Turquía.—Nuevos proyectos de Metternich y nuevos fracasos.—Rusia.—Crisis de la triple alianza.—El arreglo.



A situación de Grecia después de la caída de Atenas, es indescriptible. La desorganización, el desgobierno, la anarquía habían llegado á su colmo, y cada jefe griego se consideraba señor absoluto del punto cuya defensa se le había confiado; por esta razón Nauplia tenía tres jefes: el gobierno, á quien nadie obedecía y para quien no era poca fortuna para su seguridad poseer la torre del mar; y Palamidi y Grivas, que tenían cada uno su castillo, y quienes dieron el escandaloso espectáculo de estarse bombardeando durante ocho días, arruinando la ciudad, cuyas moradas abandonadas entregaban al saqueo, único fin de aquella guerra civil insensata. Solo en medio de aquel desorden, el viejo bandido Kolokotronis se presentaba como un hombre de gobierno y patriota, pues sólo él intentó poner fin al escándalo de Nauplia, pero con mala fortuna, pues fué vendido por los mismos que le habían aconsejado la operación.

Mientras tanto Ibrahim recorría la Morea, sometiendo á todos á la obediencia de la Puerta, pues habiendo cambiado el sistema de hacer la guerra, y aun cuando apretaba la mano si encontraba re-

sistencia armada, fuera de esto trataba á todo el mundo con gran dulzura, y sobre todo no se apoderaba de cosa que no pagase, siguiendo en esto el consejo de un desertor de la causa griega que marchaba á la vanguardia de sus tropas.

Kolokotronis hacía lo que podía para contrariar las operaciones de Ibrahim, pero falto de recursos de todas clases, todo su trabajo resultaba infructuoso, y con razón pudo decir más tarde, al escribir su autobiografía que, si en aquel momento hubiese hecho su sumisión, se habría acabado la guerra de la independencia de Grecia resultando infructuosos tantos sacrificios y tantas ruínas.

Así estaban las cosas cuando se iba al fin á dar el golpe á las islas. Al efecto la Puerta, comprendiendo que era necesario concentrar la dirección de las operaciones, puso su escuadra á las órdenes de Ibrahim-Pachá, encargando su mando á Tahir-Pachá que se presentó en Navarino con veintiocho grandes buques de guerra.

Lord Cochrane que nada había de hacer en Grecia y que era quien hubiera debido oponerse á la salida de la escuadra turca de los Dardanelos, no sólo la dejó salir, sino que la dejó pasar y moverse